

In memoria del Dr. Peccorini

El doctor Peccorini, vilmente asesinado no se sabe todavía por qué fuerzas siniestras y cobardes, fue director de *ECA* entre 1952 y 1954, cuando todavía era miembro de la Compañía de Jesús.

En ese breve período en que la revista se presentaba como dirigida por los padres jesuitas de Centroamérica, no tuvo oportunidad de reflejar en ella su fuerte personalidad intelectual. Un editorial suyo, en el que atacaba inapropiadamente al entonces rector del Colegio Externado San José, le costó desafortunadamente su destitución y su relegación a España, donde pudo sacar un doctorado eclesiástico en filosofía con una tesis sobre Gabriel Marcel.

Pasados tres años regresó a la docencia de filosofía escolástica en el Seminario San José de la Montaña, pero nuevos enfrentamientos temperamentales lo llevaron a salir de la Compañía de Jesús y, más tarde, a cubrir con mucho mérito durante casi 25 años diversas cátedras de filosofía en Estados Unidos, cuya nacionalidad adoptó.

A su regreso a El Salvador su natural talante polémico e idealista lo llevó a la lucha ideológica-política con la ventaja de su buen arsenal intelectual, un tanto desfasado ya, y la desventaja en la prolongada ausencia, de mediaciones experienciales, informativas y analíticas, que sirvieran de puente entre sus excelentes intenciones y sus concreciones jurídicas.

La derecha extrema lo quiso tomar como su ideólogo, aunque difícilmente se puede conjugar el bien común tomista y maritainiano con el liberalismo exacerbado, que esa derecha maneja. "De tejas abajo el bien de la patria debe ser el supremo ideal político, después viene el bien particular" (*ECA*, marzo de 1952, p. 111). Su importante artículo en la revista *Presencia* sobre derechos humanos o su valiente desmitificación de los próceres muestran una línea suya muy significativa, que se quiere pasar por alto.

Ciertamente luchaba también contra lo que estimaba errores del pensamiento progresista salvadoreño, que había conocido tarde y mal, sobre todo por no estar habituado a fondo con los contextos de los textos. Estaba en su pleno derecho

de hacerlo y lo hacía con honradez, valentía y desprendimiento aunque más regido por el corazón y las simpatías que por la razón y la realidad.

Lo que no está claro es por qué lo mataron y por qué lo mandaron matar. Hasta ahora nadie se ha hecho responsable del asesinato, lo cual no suele ser la práctica habitual de la izquierda. Pero sean los que fueren los autores y los motivos, merecen una condena absoluta sin distinciones ni pretextos. Si la extrema izquierda ha sido la responsable, sería una torpeza sin nombre; si lo ha sido la extrema derecha, sería una locura incalificable. En todo caso se trató de un crimen aborrecible contra un hombre bueno, generoso, idealista, dotado de gran talento y de muy buena preparación, del que se podía discrepar en el fondo y en la forma, pero que debía ser respetado por todos y aprovechado para levantar el nivel intelectual de la discusión política, tan rebajado por insultos y descalificaciones personales por parte de quienes no tienen ni de lejos su estatura moral e intelectual.

